

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

RELIGION.

75. HISTORIA DE N. S. JESUCRISTO Y DE SU SIGLO, escrita en vista de los documentos originales por el conde F. L. de Stolberg, traducida del alemán y aumentada con una introducción y notas históricas por el presbítero Jager, profesor de historia eclesiástica en la Sorbona, y vertida al castellano con presencia de la Vulgata: 2 tomos en 8.º marquilla (1).

El erudito conde de Stolberg que habia tenido la desgracia de nacer en la secta de Lutero, abjuró sus errores con motivo de las investigaciones que hizo para su *Historia de la religion cristiana*. Desde entonces abandonando la filosofía pagana, á cuyo estudio se habia dedicado con mucho ahinco, consagró enteramente el tesoro de su vasta erudición y sus laboriosas indagaciones á la religion que habia abrazado. Fruto de este trabajo inteligente y continuado fue la *Historia de N. S. Jesucristo*. Varias se habian escrito antes de esta, siendo no poco famosa entre ellas la del P. Ligny, jesuita francés; pero la de Stolberg le lleva una ventaja indisputable, ya porque no es prolija y difusa como la de aquel buen religioso, ya por la circunstancia de ser una obra científica á la par que piadosa. En efecto el escritor alemán puso el mayor cuidado en clasificar los hechos, reunir los cuatro evangelios, las epístolas y los profetas para formar un solo todo, quitar las dificultades, explicar los usos y costumbres de los judios, y hacer que concuerdan los autores profanos á probar la autenticidad de los sucesos, y conciliar todas las contradicciones aparentes. Asi es que la *Historia de N. S. Jesucristo* ha producido los mas felices resultados en Alemania confirmando á los católicos en su creencia y convirtiendo una multitud de protestantes; y se cree que á la lectura de este li-

bro es debida la conversion del príncipe de Mecklemburgo.

Para que se forme una idea de la uncion y sencillez con que el autor hace sus reflexiones sobre el sagrado texto, vamos á transcribir dos pasajes diferentes.

Despues de copiar (t. 2.º, p. 244) los versículos 24 á 29 del capítulo XX de San Juan, en que se refiere la aparicion de Jesus resucitado al incrédulo Tomas, dice el autor:

«Es de extrañar la incredulidad de este apostol, que despues de no haber querido dar fé á la relacion de las santas mujeres á ejemplo de los otros apóstoles, no creyó ni aun á sus condiscipulos, los cuales incrédulos al principio como él le decian entonces con seguridad: *Hemos visto al Señor*. La sabiduria misericordiosa de Dios permite á veces que las faltas de sus hijos, cuando se expian con un arrepentimiento verdadero, sean provechosas no solo á ellos, sino á otros. ¡Con qué profunda humildad y con qué abrasado amor exclamaria el dichoso discipulo: *Señor mio y Dios mio!* Y si la tenaz incredulidad de los discipulos, que los evangelistas declaran á menudo, da una fuerza irresistible á sus testimonios, ¿qué peso no debe darles la incredulidad de Tomas? Del mismo modo que Moisés, por quien fue dada la ley, hizo brotar agua del peñasco con su vara; así Jesucristo, por quien vinieron la gracia y la verdad, convirtió aquellos hombres incrédulos en confesores ardientes de su santo nombre, é hizo correr por ellos el manantial vivificante sobre las naciones.

«¡Cuán afectuosa es la prediccion del Señor (1) á su discipulo! Y ¡qué palabras de salvacion pronunció para nosotros, si es que somos del número de aquellos bienaventurados que no le ven ahora; pero que creen y esperan en él y le aman de todo corazón!»

En la página 248 del mismo tomo pone aquel pasaje del Evangelio de S. Juan, en que se cuenta que nuestro Señor, aparecido á sus discipulos á orillas del mar, encomendó á Pedro sus corderos y ovejas; y hace las siguientes observaciones:

«Pedro habia negado tres veces á su Señor, y Jesucristo le pregunta tres veces si le ama: el discipulo se contristó de esta pregunta reiterada. Esta leve penitencia le fue impuesta; mas *todo contribuye al bien de los que aman á Dios*, como dice el Apostol (Ad rom. VIII, 28).

«Con esta pregunta tres veces repetida queria nuestro Señor dar á su apostol, cabeza futura de la iglesia, ocasion de manifestar su amor y de confesar la divinidad de Jesucristo: Señor, tú lo conoces todo: tú sabes que te amo.

«La pregunta del que lo sabe todo, dirigida á S. Pedro y

(1) Se vende en la imprenta de la Biblioteca religiosa, carrera de S. Francisco, núm. 6.

(1) Beati qui non viderunt et crediderunt.

junta á la gracia insigne que le concedió inmediatamente despues, á resultas de asegurarle en su respuesta que le amaba, no nos deja duda de que S. Pedro amó realmente al hijo de Dios mucho mas que ningun otro apostol. Todos le amaban de lo íntimo de su corazón; y las últimas pláticas y la oracion de Jesucristo antes de luchar con la muerte atestiguan bastante cuánto los amaba á todos: los amaba con un amor divino.

» Jesús profesó la amistad mas tierna y santa á S. Juan, *el discípulo á quien amaba*. Fundabase aquella en el conocimiento íntimo de las cualidades puras, apreciables y santificadas del alma de este discípulo, que estaba adornado de las prendas mas nobles. La memoria de la amistad que tuvo el hijo de Dios á S. Juan, excita una alegría que enajena. Esta amistad no es infructuosa para nosotros, porque por ella santificó Jesucristo el vínculo de una amistad noble, de la misma manera que santificó la alianza del amor conyugal por su union con su iglesia que es su esposa. El Señor recomendó su madre llena de gracia á S. Juan, su íntimo amigo, y la recomendó segun la excelente observacion de San Juan Crisóstomo desde el arbol de la cruz en el instante mismo con que una espada de dolor le traspasaba el alma.

» Mas si S. Pedro que alcanzó tan gran perdon, amó al hijo de Dios aun mas que S. Juan, no podemos dudar que el hijo de Dios que vuelve amor por amor (una vez que segun S. Agustín recompensa sus propios dones en sus escogidos, cuyo amor hácia él es un beneficio de su amor), no podemos dudar, repito, que amaba á S. Pedro aun mas que á San Juan. A S. Pedro fue, segun nota S. Juan Crisóstomo, á quien encomendó el gobierno de su iglesia.

» El amor que se tiene al Señor, es siempre humilde. Cuando Jesús preguntaba á S. Pedro: ¿Me amas tú mas que estos? No se metió S. Pedro á hacer comparaciones, sino que apeló al escudriñador de los corazones que acababa de preguntarle y sabia cuál era su amor.

» Cuando cerca de un año antes le hizo nuestro Señor la magnífica promesa de edificar su iglesia sobre él, le habló en estos términos: *Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás* etc. Este modo de llamar á uno por su nombre añadiendo el de su padre era muy honorífico en los pueblos antiguos, como lo es aun hoy en ciertas naciones, y muchas veces se emplea tambien para dar solemnidad al discurso y al asunto.

» La materia de la plática de Jesucristo era tan solemne esta vez como la otra, porque entonces prometió á este discípulo lo que le concede ahora, la gran mision de gobernar toda su iglesia. En efecto de la recomendacion tres veces repetida de apacentar su rebaño resultaria claramente, aun cuando no tuvieramos ninguna noticia de la promesa anterior, que se concedió á S. Pedro la supremacia de un modo particular y propio de él, mayormente cuando nuestro Señor le dice estas palabras á presencia de otros seis apóstoles, entre los cuales se hallaban Santiago y S. Juan. De la misma manera la supremacia de S. Pedro sobre los otros apóstoles se probaria por la promesa que se le hizo anteriormente, aun cuando no supieramos que se le concedió en esta última circunstancia. Reunidas estas dos pruebas tienen una fuerza invencible, y no comprendo cómo pueden eludirla nuestros hermanos separados de la iglesia.

» Muchos de ellos confiesan en efecto que el hijo de Dios habia elevado al apostol S. Pedro á una categoría superior á la de sus condiscipulos en el apostolado, y Grocio tan franco como entendido y docto le llama el príncipe de los apóstoles, *princeps apostolorum*. (Hug. Groc. Annot. in N. T. ad Joan. XXI, 16).»

Restanos hacer dos advertencias: 1.^a que la *Historia de nuestro señor Jesucristo de Stolberg* ha sido traducida en italiano por orden de la Propaganda de Roma; hecho que prueba bastante el mérito de la obra: 2.^a que la version española que recomendamos, es diferente de la publicada en Barcelona por la empresa equívoca de la *Biblioteca católica y Tesoro de autores ilustres*, la cual con una mano publica las obras de Santa Teresa y con la otra las impías y escandalosas novelas de Eugenio Sue y Jorge Sand.

76. CATECISMO DE LA REGLA CATOLICA por el Lic. D. Luis Gutierrez, dignidad de prior, canónigo penitenciario de la santa iglesia metropolitana de Burgos y rector del seminario conciliar de la misma (1).

Como lo indica el título mismo, esta obra tiene por objeto explicar la doctrina que ha servido y sirve de regla á la iglesia, fundandose en este pasaje célebre de Vicente Lerinense en su *Commonitorium*, que se pone por texto del *Catecismo*:

«Si quis vellit in fide suâ sanus atque integer permanere, duplici modo munire fidem suam, Domino adjuvante, deberet; primò scilicet divinæ legis, tum deinde ecclesiæ catholicæ auctoritate. In ipsa item catholicâ ecclesiâ magnopere curandum est, ut id teneamus quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.»

En los diferentes capítulos de este estimable libro se trata de *la existencia y unidad de Dios, de la inmortalidad del alma, de la providencia divina, de los ángeles y los demonios, del pecado original y de la ley divina, de la esperanza del Mesias, de las profecías de Jesucristo, de sus milagros, de su divinidad, de la revelacion, de la iglesia, de la autoridad de la iglesia católica, de la gerarquía de la iglesia, del papa, del gobierno de la iglesia, del ministerio eclesiástico y de la impiedad*; materias todas importantísimas segun se ve y tratadas en el *Catecismo de la regla católica* no somera y sucintamente, como pudieran creer algunos por el título y corto volumen, sino con toda aquella extension y profundidad que bastan á una persona adulta del estado seglar. Debemos hacer particular mencion de los capítulos que hablan *del papa, del gobierno de la iglesia y del ministerio eclesiástico*, por la copia, acierto y oportunidad de las razones alegadas. Por manera que aunque este libro lleva el nombre modesto de *Catecismo*, no es para que le manejen los niños de la escuela, sino para que por él se instruyan los cristianos de edad y reflexion en lo que se ha creído *en todas partes, siempre y por todos* en la iglesia católica.

Ya que no podamos citar, como quisieramos, varios pasajes excelentes del *Catecismo*, en cuyas páginas todas brilla la doctrina mas pura de la única iglesia verdadera, copiaremos á lo menos la magnífica conclusion de este opúsculo precioso:

«Hemos atravesado los siglos: hemos recorrido las naciones: hemos consultado á los sabios de la antigüedad pagana, y hemos visto que el mundo ha creído siempre en

(1) Se vende en Burgos en la imprenta de Villanueva.

Ya tenemos aquí educada á la juventud de la sociedad teocrática, la cual queda arreglada con la misma facilidad y concision en el sistema del moderno evangelizante, que nos ha dado un rato sabroso con la lectura de su proyecto. Pero á vuelta de los graciosos dislates de un cerebro enfermo se hallan ciertas máximas que revelan haberse empapado el autor en las ideas de pretendida tolerancia de las sectas y aversion hácia la única religion verdadera y sus preceptos y prácticas mas santas. Lo probaremos con algunas citas.

«No hacemos alto (dice) sobre la otra tercera ley ó canon natural, cuales: *Creced y multiplicaos*, porque esta ley se ha metodizado racionalmente por el matrimonio bigamo ó poligamo sin contradecirla directamente (p. 11).»

Oponese á la facultad de disponer el testador de sus bienes bajo tales ó cuales condiciones; pero lo que mas le irrita es que los destinen á fundar *obras pias ó impias* (asi las llama); y aconseja á la *ciudadanía teocrática* que las extinga. Mas ha habido ya otra *ciudadanía* que sin esperar á la *teocrática* ha realizado los deseos del *teocratizante*: bueno es empezar.

En la pág. 15 se expresa de este modo:

«Ambas (la religion y la teocracia) en consonancia entonan este himno: Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena inclinacion (*teocrática*). Sea pues cual fuese el culto externo rendido á la divinidad, y adoptese cualquiera de las formas arbitrarias gubernativas, la teocracia es compatible con todas, con tal que vayan uniformes en la moral universal y en un mismo sistema, cual es la teocracia ó gobierno de Dios.

«La teocracia (asi habla en la p. 50) hemos dicho que prescribe la tolerancia de opiniones de las sectas políticas y religiosas é igualmente de las fragilidades humanas; pero reprueba el escándalo, los desórdenes y todo abuso, mayormente si es con perjuicio de tercero: repugna el falso dogma de algunos moralistas *malum quia prohibitum*, es decir, que por la sola razon de prohibirse una cosa el

ejecutarla es malo: abunda si en la idea de que se castigue ó corrija lo que se prohibe por ser malo etc.»

Por manera que en el sistema de este *teócrata* de nuevo cuño si las *fragilidades humanas* (expresion elástica que puede comprender hasta los crímenes mas monstruosos) se cometen con recato y sin dar escándalo, son toleradas; y todos los preceptos de la iglesia santa de Jesucristo, depositaria única del dogma y de la moral, quedan ilusorios por la falsa y perniciosa máxima de que no es malo ejecutar aquello que es *malum quia prohibitum*. Y aun abriendo la mano á interpretaciones tan comunes cuando una vez se traspasa el límite de lo lícito, pudieran sujetarse á controversia los preceptos divinos diciendo: tal cosa no es mala en sí sino porque está prohibida.

Resulta de aquí que bajo el especioso y disparatado pretexto de echar á volar un sistema social zurcido de mal digeridas teorías de comunistas, sansimonianos y otros soñadores descreídos quizá se ha intentado sembrar como al descuido ciertas máximas contrarias formalmente á nuestra creencia y moral para seducir á jóvenes é ignorantes. En tiempos que no se publicaran con libertad los desatinos de mayor trascendencia, ó que no leyeran con facilidad las personas que no entienden lo que leen, y van dispuestas á creer todo lo malo y absurdo, hubieramos dejado en el olvido el presunto *Evangelio civil*: hoy no podemos ni debemos guardar silencio por la antedicha razon, y porque hasta la misma forma breve del escrito como que facilita mas su adquisicion y lectura.

MEDICINA.

78. PELIGROS DEL ONANISMO en los dos sexos y consejos relativos al tratamiento de las enfermedades que este vicio ocasiona: obra escrita en francés por J. L. Doussin Dubruil, doctor en medicina etc., y traducida al castellano por el bachiller H. A.

No puede negarse que el objeto de esta obra es moral y humano: pintar los gravísimos males que acarrea uno de los vicios mas horrendos y comunes en la niñez y juventud de ambos sexos, y proponer aquellas medidas higiénicas y terapéuticas que mas convienen para preservar y curar en su caso á las desgraciadas víctimas de él. Dice el autor que su obra es util á los profesores del arte de curar y á los padres de familia y directores de la educacion: no lo negamos; pero no podemos convenir en que se ponga este libro en ma-

nos de la juventud como medio preservativo ó curativo. Fuera de que la materia, aun tratada con el decoro y miramiento que lo hace en general Mr. Dubruil, es en sumo grado incitativa y peligrosa, especialmente en la edad de mayor ardimiento; ¿no es cierto, y el mismo escritor cita varios casos, que muchos jóvenes dominados del inmundo vicio perseveraron en él no obstante haber leído la terrible obra de Tissot sobre el onanismo? Esta circunstancia sola bastaria para arrancar de manos de lectores inexpertos y en todo el vigor de las pasiones un libro que encierra, digamoslo asi, materias inflamables capaces de arder al menor contacto. La concupiscencia de la carne, triste herencia de nuestros primeros padres delincuentes, incita demasiado por sí á quebrantar el precepto sobre la cas-

tividad, sin que vayamos á echar leña al fuego, aunque creyendo de buena fé que así se conseguirá apagarle. El mejor preservativo de este vicio consiste en procurar buena educacion religiosa á los niños, vigilarlos estrechamente, sobre todo en las escuelas y colegios, hacer una eleccion escrupulosa de los que los acompañan á paseo, al juego etc., no permitirles la lectura de ningun libro que pueda despertar ni remotamente su malicia, ni la concurrencia á espectáculos y tertulias, donde es difícil, cuando no imposible que dejen de recoger alguna especie tarde ó temprano dañosa á su inocencia. Tambien se ha de cuidar de destruir en los niños la pereza, que anhela por la ociosidad, *madre de todos los vicios* y de no pocas enfermedades. ¡Ah! si los padres y maestros en general no miraran con un abandono criminal *la educacion* de sus hijos y discípulos por atender preferente y aun exclusivamente á *la instruccion* (y eso Dios sabe cómo); no habria que lamentar las funestas consecuencias que en lo físico y en lo moral produce un vicio demasiado frecuente por desgracia en la juventud de ambos sexos. Contribuye tambien no poco á su propagacion la causa indicada por Mr. Dubruil en este pasaje de su libro, que citamos con íntima satisfaccion: «Si V. tuviese, dice, la necesidad que yo tengo de tratar mucha gente, se convenceria de que la corrupcion ha llegado en el dia á su grado mas alto, y que si los gobiernos no tratan de poner pronto remedio, dentro de poco tiempo y á pesar de la severidad de las

leyes será difícil oponerse á todos los males que necesariamente deben producir los principios desorganizadores vertidos en los escritos de algunos pretendidos filósofos ó de ciudadanos bastante viles para ponerse á sueldo de los enemigos del estado, los cuales saben demasiado bien que el medio mas seguro de disolver el orden social es el corromper el espíritu del mas crecido número posible de los individuos que le componen.»

En la página 171 da el autor un consejo que no podemos menos de reprobar como contrario á la decencia y á la moral pública y capaz de producir opuesto fin del que se pretende: no sabemos cómo un médico de tan buen juicio y sanas ideas, á lo que parece, puede proponer que á las niñas de doce ó catorce años entregadas al infame vicio se las lleve, con el fin de apartarlas de él, á los hospitales donde yacen otras víctimas de tales desórdenes, que se suscite la conversacion sobre la causa de la enfermedad que estas padecen, y que se las haga presenciar la cura de las que tengan ulceraciones ú otros males en los órganos sexuales. Esto es escandaloso y repugnante hasta el extremo.

En conclusion diremos que si bien puede ser conveniente la lectura del libro de Mr. Dubruil á los médicos y aun á los padres de familia y personas encargadas de la educacion de la juventud, seria imprudente y arriesgado ponerle en manos de esta, como quiere el autor con insistencia. Ya lo hemos dicho: otros medios preservativos y curativos hay eficaces y sobre todo exentos del menor riesgo moral.

VIAJES.

79. VIAJE A LA HABANA por la condesa de Merlin, precedido de una biografía de esta ilustre cubana por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda: un tomito en 4.º

Casi la tercera parte de este libro, que parece escrito para describir las costumbres y usos de la Habana, está destinado á pintar escenas novelescas, que ni representan un caracter particular de aquellos habitantes, ni son para leidas sin peligro del pudor. Es muy extraño que una señora de edad ya madura como la condesa de Merlin deje correr así la pluma en asuntos siempre delicados, pero mas para las personas de su sexo; y que la señorita Avellaneda venga recomendando esta produccion de su paisana con tanto énfasis. Ni puede servir de disculpa el mérito literario del *Viaje á la Habana*, que leído desapasionadamente no ofrece ninguna cualidad

notable, ni es mas que una continua cháchara en que son maestras las mujeres y sobre todo las francesas. Pero sea de esto lo que quiera, y aun suponiendo que el libro de la condesa de Merlin fuera un modelo en su género, nunca podria dejar de tacharse por el episodio demasiado libre (fuera de lo incongruente) de los amores de Conchita y Claudio, en que se describen lancees torpes que no deben trasladarse jamás al papel y menos por la pluma de una señora. Además ¿á qué viene la relacion *del velorio*, en que una turba insensata de calaveras de ambos sexos hacen burla y chacota del sentimiento natural en los parientes del difunto, y bailan, y se emborrachan, y loquean, y traman mil intrigas amorosas ante el féretro mismo donde está expuesto el cadaver? Pero si es *costumbre* en la Habana, ¿qué ha de hacer la autora sino referirla?

Pues ahí está el mal, que no hay tal costumbre, ni es creible que la haya aun entre salvajes; porque naturalmente se contrista el hombre á vista de la muerte, y tiene un respeto religioso á los difuntos. Oigamos lo que dice la señora condesa de Merlin despues de contar su *novelesco velorio* (p. 64):

«Hé aqui, querida amiga, lo que se llama *una velada de muerto* en nuestro pais. *Es una particularidad de nuestras costumbres de la clase media, QUE NO SE DEBE MIRAR CIERTAMENTE COMO REGLA GENERAL, y que nada tiene que ver con las clases aristocráticas etc.*»

Pues venga V. acá, señora condesa literata, ¿qué entiende V. por *costumbres*? Si *la velada de los muertos*, como V. la pinta, *no se debe mirar ciertamente como regla general, ni tiene nada que ver con las clases aristocráticas*, ¿á quiénes queda reducido ese modo tan particular de hacer el último obsequio á los difuntos y acompañar á sus tristes parientes? Ya lo hemos dicho, á un puñado de calaveras. Pero estos por fortuna no son la mayor parte en ningun pais, ni sus *malas inclinaciones* y vituperables libertades constituyen las *costumbres* de aquel. Lo mismo decimos del vil seductor Claudio educado *en Paris y en Londres*: ¿qué prueba este hecho, aun siendo cierto en sí y en todas sus circunstancias? ¿Dónde dejará de haber no uno, sino varios seductores, mas ó menos *refinados* é infames? Para describir la celebracion de las

Pascuas en el distrito de S. Marcos ¿era necesario introducir el prolijo episodio de Claudio? No; pero habia que llenar unas páginas mas, y dar cierto aire sentimental y romántico á la relacion de un viaje, que escrito por una pluma superficial no tiene ningun atractivo para los lectores tambien superficiales á quienes se destina.

Notaremos ademas esta falsa máxima estampada en la p. 88: *Carmen podia hacerse culpable sin dejar de ser inocente*. ¡Qué modo de dorar la píldora y halagar las pasiones de la juventud! Y ¿qué idea tendrá la buena condesa *de la inocencia* cuando asi se explica? Puede que en su concepto nuestra madre Eva saliera del Paraiso tan *inocente* como entró, aunque era culpable. No es lo mismo charlar en los salones de Paris que escribir para el público y mas escribir con presuncion de *filosofar*.

Tambien *la biografía* de la condesa de Merlin tiene la dichosa ocurrencia de llamar *algun tanto fanática* á una parienta de esta, porque influyó para su entrada de educanda en el convento de Santa Clara durante la ausencia de su madre á fin de corregirla de ciertos resabios y torcidas inclinaciones. Mas la futura condesa se burló de las influencias *fanáticas* y de la determinacion de su padre escapándose del convento con el auxilio de una religiosa joven, que por esto solo merece el epíteto de *personaje interesante*.

POESÍA.

80. POESIAS de D. José Espronceda: un tomo en 8.º

En muchas composiciones de las que comprende esta coleccion, no hallamos nada que notar; pero en cambio hemos observado ciertos lunares bastante abultados en otras que vamos á examinar.

En la *Descripcion de un serrallo* (fragmento 5.º del poema titulado *Pelayo*) son lúbricos los pensamientos de las octavas 4.ª y 5.ª y en demasía los de las 6.ª y 7.ª

La cancion *El verdugo* es inspirada por esos errados sentimientos de incomprendible filantropía y de regeneracion social fantástica, y estriba en un error muy grosero. La sociedad no reputa por *criminal* al verdugo como dice el poeta; y asi es que no solo no le persigue ni molesta, sino que le retribuye y le apellida *el ejecutor de la justicia*. Si la opinion pública de todos los siglos y paises, no embargante *la ilustracion y el progreso inte-*

lectual y moral etc. etc., le ha marcado, marca y marcará con una nota indeleble; es muy extraño que los que en sus utopias y desvarios levantan altares al ídolo de la *opinion pública*, no respeten todos sus fallos. Fuera de que el relativo al verdugo abona, lejos de condenar, al género humano; porque convencidas las sociedades de la necesidad de castigar á veces el crimen con la última pena mantienen y protegen al encargado de ejercer este oficio terrible; pero al mismo tiempo no pueden menos de sentir un desvio natural hácia el que voluntariamente, sí, *voluntariamente* se ofrece á destruir á su semejante. Por lo demas es digno de notarse el contraste que presentan estos sentimientos *refinados* de conmiseracion en favor *del verdugo* y del que por sus crímenes sube al patíbulo, con los rabiosos deseos de sangre y destruccion que animaban al mismo poeta cuando gritaba:

Al arma, al arma: mueran los carlistas
Y al mar se lancen con bramido horrendo
De la infiel sangre caudalosos rios,
Y atónito contemple el Oceano
Sus olas combatidas
Con la traidora sangre enrojecidas (1).

Ya que al autor no le fuera dado reformar la sociedad en términos que el *ciudadano verdugo* alternara en banquetes y saraos con los príncipes y supremos gobernantes, quiso en su canción embriagarse de una alegría un tanto salvaje contemplando á su *heroe* subido en los hombros de un rey para ahorcarlo; lo cual fue inventado expresamente por la fecunda imaginación del poeta, porque los reyes Carlos de Inglaterra y Luis de Francia á quienes puede aludir, murieron decapitados y no ahorcados. Pero ¿qué vale la exactitud histórica al lado del placer humano ó humanitario (que es mejor) de fingir al verdugo montado en hombros de un rey? Vease cómo lo figura el poeta demócrata:

Ya mas alto que el grande que altivo
Con sus plantas hollara la ley,
Al verdugo los pueblos miraron
Y mecido en los hombros de un rey:
Y en él se hartó
Embriagado de gozo aquel dia
Cuando espiró;
Y su alegría
Su esposa y sus hijos pudieron notar.

En la canción *A una estrella* se lamenta el poeta de su suerte con el astro, que le parece menos resplandeciente que en otro tiempo; pero quién sabe si este recobrará su pasado resplandor. En cambio solo quedan penas y amargura al poeta que concluye así:

Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino
Ni me importa salvarme ó zozobrar.

Si este pensamiento no manifiesta la fría indiferencia de la incredulidad, por lo menos está sujeto á tal interpretación por su sentido equívoco; y en tamaña materia deben evitarse las expresiones ambiguas y aun las vagas.

La última composición de este libro es un cuento en diversos metros y en cuatro partes, que se intitula *El estudiante de Salamanca*. En la 2.^a parte p. 193 se estampa esta falsa proposición, de la que pudieran sacarse muy fatales ilaciones:

Que es la razon un tormento,
Y vale mas delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar
Fijo en él el pensamiento.

La razon no es un tormento para el hombre cuerdo y religioso que no quiere á ma-

nera de los Titanes de la fábula escalar el cielo y penetrar con indiscreta curiosidad los arcanos del Hacedor soberano: tampoco es un tormento para quien conoce que la dicha no está en entregar su corazón al goce desenfrenado de los deleites terrenos, al amor impuro, á la satisfacción de todas las pasiones, al contentamiento de la parte material y mas vil del hombre: como si este por su espíritu no hubiera de elevarse á la inefable contemplación de quien le hizo, y á la esperanza halagüeña de poseer el sumo bien, blanco de sus deseos y término de sus afanes y privaciones.

Este cuento tiene una vivísima semejanza con la manoseada fábula de D. Juan Tenorio, del que puede decirse que es una mera transformación; y además en el desenlace coincide esencialmente con el que da el señor Zorrilla á su drama del mismo nombre. Elvira que en el cuento de Espronceda es la dama de D. Juan, convertido en D. Felix de Montemar, está á punto de morir desechada del desvío cruel de su malvado corruptor; y para prepararse á tan tremendo lance y reparar con el arrepentimiento su grave culpa escribe á D. Felix una carta entre tierna y quejosa, en la que se revela su honda y siempre viva pasión. Así concluye:

A Dios por siempre, á Dios: un breve instante
Siento de vida, y en mi pecho el fuego
Aun arde de mi amor: mi vista errante
Vaga desvanecida..... calma luego,
O muerte, mi inquietud..... sola..... espirante.....
Amame: no, perdona: ¡inútil ruego!
A Dios, á Dios, tu corazón perdí.
Todo acabó en el mundo para mí.

¡Raro modo de despedirse del mundo para comparecer ante el juzgador supremo de los hombres! Pero el poner diversos sentimientos en boca de una dama de poema hubiera sido muy *prosaico* y no hubiese causado *ilusion*. Por fin murió Elvira, y probablemente la enterrarían: entre tanto D. Felix que se burla de los vivos y los muertos, se va á un garito, cuya descripción llena la parte 3.^a Pónese á jugar y pierde, y entonces dice á uno de los jugadores que habia rogado á Dios le diese buena suerte:

Bien, vive Dios,
Vuestros ruegos me han valido.
Encomendadme otra vez,
D. Juan, al diablo, no sea
Que si os oye Dios, me vea
Cautivo y esclavo en Fez.

Al principio de la parte 4.^a se atreve el poeta á profanar el sagrado texto del Evangelio estampando y queriendo aplicar á su cuento aquellas palabras de nuestro divino

(1) Canción leída en el teatro el 22 de octubre de 1835 ó impresa á la p. 449 de esta colección.

Salvador: *Spiritus quidem promptus est; caro autem infirma.* ¡Temeraria avilantez! No contenta la pluma de algunos autores desatentados con hollar las leyes de la moral y de la decencia quiere contaminar con su contacto los oráculos de las escrituras santas. En esta parte, toda fantástica, se finge la aparición del espectro de Doña Elvira á D. Felix, que la sigue frenético y arrastrado de una loca temeridad hasta los profundos abismos, donde se descubren así aquella mujer como su hermano D. Diego, muerto por D. Felix. Este se ve entonces casado á la fuerza con el espectro de Doña Elvira y acariciado por ella y su hermano. En todos estos lances prorumpe D. Felix de cuando en cuando en las blasfemias é impíos sarcasmos que le eran habituales, desafiando á Dios y burlándose del diablo: sería prolijo hacer citas y no necesario porque nuestros lectores pueden figurarse fácilmente el concepto. Sin embargo no podemos omitir dos octavas (p. 257 y 259), en que parece se complace el poeta describiendo la insolente altanería de D. Felix, el cual todavía en las lóbregas galerías del abismo, entre las sombras y espectros que ya se le aparecen, ya se desvanecen como vapor, insulta, provoca á la divinidad y quisiera insensato medir sus fuerzas con ella. Dice así el señor Espronceda:

Grandiosa, satánica figura
Alta la frente Montemar camina:
Espiritu sublime en su locura
Provocando la cólera divina:

Fábrica fragil de materia impura
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le ignala, y con osado vuelo
Se alza á su tronoy le provoca á duelo.
Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí; pero jamas vencida:
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
Su limite á la carcel de la vida,
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

En la página 260 son notables tambien estos versos:

La mágica vision del blanco velo,
Imagen fiel de la ilusion dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo;
Pensamiento sin fórmula y sin nombre
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Nuestra opinion es (y creemos sea la de todos los hombres timoratos) que los libros no necesarios, ya por el asunto de que hablan, ya por haber otros que le traten, no deben leerse cuando han menester de expurgacion como este. ¿No vale mas usar desde luego los que no tienen ninguna tacha, ni ofrecen el menor riesgo? Ahora cuando el libro es necesario, aprovechemonos enhorabuena de la benignidad de nuestra madre la iglesia, que permite la lectura de él despues de expurgado por quien corresponda. Tengase por dicho esto para siempre respecto de las obras de recreacion ó de amena literatura ó fáciles de reemplazar con otras, aunque traten de asuntos serios, siempre que contengan errores, ó doctrinas peligrosas, ó máximas de libertinaje é inmoralidad.

NOVELAS.

81. LOS REBELDES EN TIEMPO DE CARLOS V, por el vizconde d'Arincourt: tres tomos.

Los sucesos que sirven de asunto para esta novela, pasan en el siglo XIV. Carlos V de Francia, mas abogado que rey, como decís el duque de Lancaster, está aprendiendo el latin y haciendo operaciones de alquimia mientras las compañías de rebeldes asuelan sus provincias. Eduardo de Inglaterra toma el título de monarca francés, y Carlos *el Malo* habla en tono de señor al descendiente de S. Luis, á quien defiende la valiente espada de Beltran Duguesclin.

La intriga de esta novela, que reputan algunos como la mejor obra de d'Arincourt, es en dos palabras la siguiente. Enrique

Talebard (apellidado *el Rebelde*), caudillo de malandrines, está apasionado de la huérfana Yola. Mil obstáculos contrarian estos amores, y Enrique *el Rebelde* en medio de los furores incesantes de la guerra civil viene á ser el homicida del esposo de su propia hermana, mata á su padre adoptivo sin conocerle, y su amada Yola se casa con Eduardo de Monthevel, caballero fiel á Carlos V, que no es otro que el hermano de Enrique *el Rebelde*. Este ha arruinado á toda su familia, la cual mas adelante vuelve á entrar en posesion de sus bienes por merced del rey legitimo.

En atencion á ciertas circunstancias de esta novela no debe permitirse su lectura á los jóvenes.